

ANAIDA E IGUARAYA: REFLEJO ARTISTICO DE UNA IDEALIDAD INDIGENA

Juan Darío Parra
Universidad del Zulia

Anaida está dividida en doce capítulos. Su acción **se desarrolla** en las riberas del Coquivacoa, como siempre llamaba nuestro gran poeta Yepes al Lago de Maracaibo. Dos tribus **enemigas** hasta no hace mucho tiempo habían hecho la paz. Desde el primer capítulo Anaida es el símbolo mismo **de la naturaleza**, de lo telúrico, de la noche en su significación misteriosa, porque llena "las selvas de sombras. el mar de ruidos y de estrellas la inmensa bóveda del cielo".

El alma de Anaida sobrecogida de dolor por la muerte de su madre Naguala, se atemoriza al verse perdida en medio de la selva, que es de pronto sacudida por la tempestad. El mundo subjetivo de Anaida, encuentra su correspondencia **en el espacio** telúrico; su alma espantada la hace caer de rodillas, **temerosa** de Yarfá, genio del mal. De pronto el requerimiento **amoroso** de Turupen, "el porauca de las carnes rojas", la llena de **alegría**,

* Este artículo forma parte del capítulo II del libro *Orígenes de la Novela Venezolana*, en prensa.

1 Yepes, José Ramón. Anaida. Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas. 1958, p. 1.

pero discute y no quiere su compañía : "no, no lo permita Amariba". Amariba es el dios o genio del bien , siempre invocado por los poraucas y aliles. Turupen le ofrece su amor y protección, que en los primeros momentos rechaza, diciéndole que la vea como hermana ; arrecia la tempestad y se asoma el peligro en el ruido de los pasos de un tigre : "y un rumor sordo, como el atropello del fugitivo en la sombra, dejóse oír por el comedio del palmar" (p. 3). De inmediato estalla la lucha , en cuya descripción, Yepes luce sus mejores dotes de novelista ; vencido el felino a los pies de Turupen, termina el capítulo con una carga romántica de tan alta calidad como siempre presente en el poeta zuliano.

"La aurora, que se venía a todo andar, entreabrió las cortinas del cielo para alumbrar aquella escena de los primitivos tiempos. . . Así fue como Anaida derramó por un hombre su primera lágrima. El amor se vistió esta vez los arreos y las galas del agradecimiento" (p. 4).

Desde el inicio de la novela surgen los mundos o espacios significativos, que van a ser la característica en todo el contexto. El espacio telúrico conformado por la noche, tiene su correspondencia en la luna, que en su fulgor sobre "los árboles de la selva" y su "penumbro" en el follaje, sobrecoge misteriosamente el alma de Anaida, y el espacio o mundo psíquico que es el mismo en todos los personajes. El mundo telúrico tiene su correspondencia en el espacio religioso representado por los dioses Amariba y Yarfá. Al lado de los espacios citados se aúnan la flora y la fauna, con una riqueza lingüística, de matices románticos nunca vistos antes de Yepes en nuestra novelística.

El amor se presenta desesperado en Turupen, que primero se juega la vida por Anaida, combatiendo con un tigre, y que después en pelea desigual expondrá ante Chaima y Aruao.

La flora y la fauna forman un todo con los personajes como correspondencias, lo que nos ha llamado la atención, porque es precisamente lo que acerca a Yepes a uno de los mejores poetas románticos alemanes: Cotthief Heinrich von Schubert, a quien

glosando Albert Beguin, en su obra maestra *El Alma Romántica y el Sueño*, dice:

"Y es que la vida es una, la misma en todas partes: la vida de las plantas y de las especies animales se organiza según el mismo ritmo de los grandes períodos de la naturaleza: años, días, horas. La vida no es sino esa concordancia con las relaciones polares y armoniosas de las grandes fuerzas universales, "el instante de la floración, que es también el de la muerte, es un presentimiento de la existencia animal". "Así, de etapa en etapa, todo el devenir natural tiende hacia el hombre, que se encuentra en la cúspide de la escala de los seres" (p. 141).

La cotidianidad de los seres como contorno de la **naturaleza**, forma un todo en esta pequeña obra maestra: idealidad de una sociedad primitiva indiana, que no dejó herencia alguna. Nos referiremos más adelante al papel fundamental que los animales y los vegetales tienen en el contexto.

En el segundo capítulo, la idolatría como manifestación religiosa de los aliles enemigos de los zaparas, nos introduce en una creación mitológica, que tiene sus entronques con la mitología griega y sobre todo con el epíteto homérico:

"Cuentan aquellos que queriendo la sutil iboroco tener una tribu tan astuta como ella, para que enseñase a robar a los pobres indios de otros villages, púsose a dar saltos cerca de los juncales del lago, en un remanso donde revoloteaban alegres las aves acuáticas. A los principios la iboroco maniobró en balde, porque los pájaros pescadores tenían hambre y sólo estaban atentos a devorar un cardumen de pececillos que nadaban a flor de agua; pero así como iban satisfaciendo su apetito, se volvían a la iboroco para divertirse con sus contorsiones y brincos. Fuéronse acercando todas, encantadas con los embelecocos del animal, hasta que una garza morena, más curiosa o bien más confiada, se le llegó tan cerca cuanto era menester para que **la embe-**

liñadora del bosque, dando un salto, la atrapase e hiciera morir en presencia de las otras aves, que se alejaban espantadas. Entonces la iboroco desplumó cuidadosamente la presa de su industria, y dando tres gañidos con la boca pegada a la tierra soltó las plumas, que se convirtieron al instante en indios color de cobre, sutiles y astutos, corno ella se lo había pedido a Yarfá, el mal espíritu de la noche. Del Penacho De la Garza, Arrancado Entero, Saltó El Primero y Más Valiente Porauca De Todas Las Rancherías, Que Se Llamó Alile y Dio Con El Tiempo Su Nombre A La Tribu" (p. 8).

Se establece de una vez por causa del amor la rivalidad entre las dos tribus, porque el alile Aruao que desde pequeño ama en silencio a Anaida, levanta la voz del desafío llamando al combate a Turupen, amado por aquélla. Por Itota, matrona porauca, sabe aquel los preparativos del matrimonio, y desata su ira que convida a la lucha a muerte.

A) - La Fiesta de Los Esponsales.

En el capítulo tercero, la tribu porauca celebra congregada el matrimonio de Anaida y Turupen. El recuerdo del valor en la guerra, como gloria del pasado y orgullo del presente, es el grito de Turupen; amor y alegría es todo lo que quiere Anaida.

En la danza que ejecutan los poraucas, se rememora la historia guerrera de aquel pueblo. Los gestos como expresión de la sensibilidad con el recuento del pasado de la tribu; los danzarines ríen, lloran y luego quedan estáticos ante el silencio de los bosques, y el aspecto imponente y selvático de la naturaleza americana.

En el canto de un anciano, una matrona, un niño, un guerrero. una virgen y un coro se va tejiendo aquella correspondencia entre animales, vegetales, espacio telúrico y mundo psicológico a que hemos hecho referencia:

"Anaida y Turupen se aman como dos palmeras amigas que la misma onda retrata. Aparejad el camino de su felicidad, con los areitos y cantares de la fiesta del alba" (p. 14).

La raza india es la misma tierra americana:

"La tribu del palmar dio un guerrero fuerte como el cabimo que se agarra a las entrañas de la tierra" (p. 15).

Anaida comparada con el genio del bien, con Amariba representación del sol:

"Dio una virgen como el arco de mil colores en que Amariba ciñe al cielo cuando sacude su cabellera para fertilizar la campiña".

La lluvia como presente de Amariba en una imagen de puro sabor romántico, emparentada con la simbología homérica.

La experiencia, la familia, el amor, la guerra, las costumbres, el arte indiano, están significados en este capítulo en forma muy particular. La experiencia, la sabiduría, están representadas por los ancianos, por los piaches, por el hohobit que es también maestro de la danza y de las ceremonias. El vínculo familiar, el sentimiento colectivo, se ponen de manifiesto en la fiesta de los sponsales. El coro cuando describe la danza, señala las costumbres. El amor triunfante de Anaida y Turupen se desborda en el recuerdo que tiene la tribu del dolor sufrido, de la orfandad, de la desesperación y de la muerte; esperando siempre la bondad de Amariba:

"Los piaches mienten también, corza mía cuando los aconseja algún mal genio enemigo. Mira cuán felices somos; pero dájame que te cuente los días de mis lágrimas que fueron también el principio de la dicha que hoy derrama sobre nosotros Amariba" (p. 22).

En medio de la felicidad de Turupen y de Anaida, surge de repente la desesperación y el dolor, porque deben separarse,

porque el amante feliz debe atender antes que todo, a la defensa del honor de la tribu que es su mismo honor, porque el grito de Aruao, cegado por los celos lo llama al combate:

"Bien sabe Amariba que me abrasan el corazón tus lágrimas... pero no, la hija de Guararatín el bravo, no querrá mañana dormir en los brazos de un cobarde" (p. 23).

B) - El Rito y El Sacrificio.

El pasado histórico, **la adivinación y la idolatría como modos de vida de la tribu, inmersa dentro de lo telúrico**, podemos rastrearlo a través de **los capítulos** cuarto y quinto. **Aruao había salido de su tierra, después de haber lanzado la flecha del desafío**, en búsqueda de Turupen, para que el **combate resolviese a quién debía pertenecer Anaida. La india Itota que había sido la nodriza de ésta, que había alimentado el amor de Aruao, estaba temerosa y se dirigió a la mansión de Guaitara, éste se nos presenta como el adivino del estilo griego, a él va a pedir Itota consejo, toda llena de angustia y de pesar; 'le cuenta cómo había criado a Anaida y a su hermano Panuco, después de la muerte de sus padres; que se había consagrado toda entera a consolar la doncella, después de la muerte de su hermano causada por la mordedura de una víbora; rememoraré la desesperación de la bella india, sus lágrimas cuando "colgó en el bosque sobre una rama tembladora de cañafístula el cadáver de su hermanito, y cuando llegó el día de sacudir sus restos blanqueados por la lluvia y el sol y guardados en la canasta de los sepulcros"** (p. 25). Calla un momento Itota y el adivino Guaitara **la anima para que siga su relato, después de haberse dado cuenta de que la india pesarosa "se llevó el ruedo de su anaco a los ojos"**. Ella le responde:

"Tienes razón, padre adivino no sin verdad dice toda la tribu que el cielo te revela los secretos" (p. 26).

Le sigue contando que en la última batida **de los caimanes**, a la luz de la luna, después de sus ruegos consiguió que Anaida la acompañara al chaco; que atravesando **las aguas lacustres**

Anaida, una ventolina la arrojó del cayuco, que hubiera perecido si a tiempo no llega Aruao; que desde entonces había formado el propósito de unirlos:

"Yo procedía tan solo llevada de mi amor a la huérfana; lo sabe Amariba, que lee el corazón de los salvajes". (p. 27).

El piache Guaitara la recrimina; que la tribu o el cacique Tamanaco obligado por el deber desaprobaría su conducta, y entonces debía someterse al juicio de los mojanés, y ponderando su falta exclama:

"¡Una madre adoptiva, Iota la matrona venerable, aconsejando a su hija el amor que ella rechazaba. de Aruao, hasta ayer no más nuestro enemigo de muerte". (p. 27).

Termina Guaitara por aconsejarla de que guarde el secreto, que lo esconda en su corazón, que Turupen vencerá. que espera a éste y a los piaches para dirigirse al bosque antes que amanezca. La aurora que se acerca, los ruidos y la sombra de la noche van a tener su fin:

"El racimo de mayas, como llaman los salvajes a las pléyades para predecir el tiempo nocturno, había corrido la mitad del cielo cuando se separaron los ancianos. (p. 27).

Horas después de esta entrevista, la tribu zapara llamada también porauca se apresta al combate, dadas las circunstancias del desafío de Aruao. Se alinean los guerreros a la sombra de los palmares:

"En las aspilleras de los sepulcros mucha gente flechera de esas que imponen terror al enemigo lanzando como los Titanes enormes peñas". (p. 27).

Frente a los guerreros se levanta el adoratorio de Yarfá, el genio del mal. Sobre las brasas de un tronco palpitaban los miem-

oros de un canaguaro; su muerte con "extrañas convulsiones", sobre una charca de sangre. Tamanaco con los brazos cruzados "sobre el pecho bronceado, semejante a una estatua de piedra", preside el sacrificio:

"Mojanes y piaches metían allí sus manos para adivinar el agüero".

El hohobit cuenta a la asamblea, después de haber empapado "su diestra en la sangre de la víctima", que Turupen labra sus flechas, que son doce y llevan el nombre cada una de "doce animales terribles". Que había templado su arco, lanzando la flecha "culebra al aire, que saltó silbando alegre hasta caer a poco derecha a los pies de Turupen".

Después del sacrificio se produce entre los ffiaches una conversación, en donde se reconoce el valor de Aruao que "anda por los arcabucos y boscajes como bisonte herido, queriendo matar o que le maten: tiene el mal de amor sin esperanza ... "Se rememora la valentía de Aruao, cuando salvó a Anaida; que como las tribus estaban en paz y el alile la amaba, "creyó entonces que Anaida era la compañera que le destinaba Amariba".

Luego el cacique Tamanaco agitó tres veces la palma verde de un corozo que aún no había producido fruto. Era la señal de despedida:

"Entonces cada piache metió de nuevo la diestra en la charca de sangre y con lo que pudo sacar en el hueco de su mano, pringó el fuego que medio apagado ya, levantó un humo fétido como el que desprenden los huesos de un horno".

Tamanaco con sus mojanos adoradores, se retira del tronco del sacrificio, porque "ya la noche había extendido todos sus velos".

Todas las escenas de esta obra, finalizan cuando entra la noche; y hay un gozo, una deleitosa complacencia de Yepes, describiendo su inicio en una como rítmica de la naturaleza con los

sentimientos de los personajes. Esta rítmica se relleva y se objetiva en disímiles y graciosas comparaciones, y entre ellas las hay de contenido psíquico, de cotidianidad de la naturaleza. de recuerdo histórico y en ellas una de esencia tauromáquica. Entre las primeras, la que nos parece de una belleza prístina, donde la sencillez cumple su función poética:

"Pues así como Anaida caminaba divertida, acaso con sus melancolías, andando se venía también la noche llenando las selvas de sombras, de ruidos y de estrellas la inmensa bóveda del cielo".

Hay una comparación que se hace imagen por la forma de su presentación:

"Las chozas indianas sumidas aún en la oscuridad semejaban una manada de tapires, descansando a la vera del palmar".

C)- Las Influencias

Después de un detenido estudio de Anaida, podemos concluir que está cargada de una acentuada influencia homérica, en sus aspectos de ambiente general, costumbres del hogar, prácticas guerreras y ritos religiosos. Las descripciones del combate entre Aruao y Turupen, denotan lo que venimos afirmando, sobre todo cuando hace alusión a los movimientos de los dos rivales en el combate y entre ellas podemos mencionar la que antes habíamos calificado como una comparación tauromáquica, que por sí misma es una imagen visual, rica de contenido, llena de color y movilidad:

"También traía sobre el hombro del carcaj clavada la saeta que su contrario le había arrojado, como la banderilla llena de cintas en la cerviz de un toro".

Las costumbres del hogar **indio con sus particularidades de imitación clásica:**

"Itota, al parecer más tranquila, se puso a quemar en un brasero de barro polvos aromáticos del bálsamo de maraca".

La rica asociación de ideas que poseía Yepes, le permite crear una mitología indiana. que saca imitativamente de la mitología griega:

"Del penacho de la garza, saltó el primero y más valiente porauca que se llama alile".

En el contexto se acusa la castigada lectura de Cervantes, cuando Yepes en la construcción de su prosa, señala los misterios de la naturaleza; la noche lo embarga. la luna y la umbría determinan la forma de su poética:

"Era la hora en que aparece el lucero de la tarde pestañeando como los ojos de un niño, horque aún brilla la cabellera del astro rey. en tanto que la noche se asoma por los palacios de Oriente sacudiendo sus alas negras".

Cervantes anunciando el día:

"Mas apenas comenzó el día por los balcones de Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron a despertar a don Quijote',,'.

Sin duda ninguna que el "pathos" romántico, no es de raíz francesa, sino de esencia romántica germana, sobre todo en lo telúrico y en las manifestaciones que le son inherentes en su exteriorización. Los fenómenos naturales están engarzados dentro de un mito indiano, que es su misma explicación. Lo romántico siempre se presenta con características irracionales, místicas y sensuales. La noche al lado de] amor en esta obra -así como en Iguaraya-, forman su contenido. Los grandes acontecimientos en la cotidianidad de la tribu, se suceden al inicio de la noche o en las primeras luces del alba o en el misterio de la madrugada sumida en el silencio. La narración comienza con la caminata de Anaida, cuando ya viene la noche, y el combate de Aruao yTurupen, termina cuando el alba pone lampos de clan-

dad en la selva. Todos los hechos que se suceden en la obra, forman integralmente aspectos nocturnos. La luna, las estrellas, el grito del atalaya y los ruidos de la selva, forman los elementos de la cotidianidad novelística. Anaida no es novela histórica, porque es estructural y funcionalmente romántica; Yepes se vale de los personajes para embriagarse con la naturaleza ... En Anaida no encontramos elementos realistas, es romántica por sus cuatro costados, y si encasillar fuese el propósito del crítico o del investigador, diríamos que Yepes, es el padre de la novela romántica venezolana.

Un grito de amor que toca la vida misma de Yeyes, hay en el contexto. es un brote lírico autobiográfico, que examina en un desborde de su sentimiento tocado por la inconformidad y el recuerdo de lo que no le fue dable alcanzar. Rememora su niñez, recrimina la imaginación en nombre de la razón; hay un deseo de que sean las cosas como las presenta el quehacer diario y no con las alas de la ilusión:

"Esperanza, felicidad, sueños encantadores de la niñez, astros luminosos de la imaginación, ¿Qué sois vosotros en presencia de la razón? ¿Qué decís vosotros interrogados por la verdad? ¡La esperanza! Cifra de mil significados en el lenguaje del corazón, vaga como el tiempo de quien es hermana y tan indefinible como él ... ¡La esperanza! ¡Sólo he creído verla una vez cumplida! Cuántas veces me he reído con sarcasmo de los hombres porque me llamaban feliz... ¡Felicidad, felicidad, yo no te comprendo, ni nadie puede comprenderte tampoco mientras que nuestras pasiones tengan por fin el hastío y la existencia humana". (p. 42).

Iguaraya.

A nuestro juicio, Iguaraya no es una novela, sino una leyenda en cuarenta y cuatro cantos. La joven que lleva el nombre de la leyenda, es hija del cacique Paipa, que desea tenerla siempre a su lado. Por este deseo que se convirtió en mandato, los mojanos vaticinaron que la hija de Paipa, casaría con el

guerrero jirahara que clavase una flecha en el cielo. Los jóvenes indios que intentaron la prueba, murieron bajo la acción del fuego, y había pasado mucho tiempo sin que nadie se atreviese a pretender la hija del cacique. Iguaraya amaba a su padre, pero sufrió porque deseando matrimonio, sabía que éste era imposible; el veredicto de los dioses, decían los mojanas, era irrevocable. La joven pensaba continuamente en la muerte; pero el jirahara Taica la amaba y se sabía impotente, dada la imposibilidad de cumplir la prueba, cuyo fracaso significaba la muerte bajo el fuego. Se entrevista con Iguaraya, y se despide de ella, haciéndole comprender que se va a dar muerte, porque sus poraucas amigos no deben verlo llorar. Entre dos sentimientos se encontraba la doncella que le impedían tomar una resolución, ama a Taica, pero respeta y quiere a su padre. Taica desesperado por su amor imposible, se dirige al lugar del suicidio. Cuando llega a un remanso del Coquivacoa, exclama: "Aquí es". Toma un cayuco y se dirige al medio de las aguas, tira el canaleta y se lanza a ellas. Al caer al fondo, surge a la superficie como rechazado, los ojos le brillaban desconcertados; aborda de nuevo el cayuco y se va silencioso, lleno de contradictorios pensamientos, tratándose de explicar lo que había visto. Cuando Taica cayó al fondo de las aguas, vio en las ondas la cara de la luna, y cuando boga de nuevo en la soledad lacustre lanza un grito de asombro y de alegría, y grita alborozado que Iguaraya será suya, y llega a tierra e invoca emocionado a Iboroco.

En la huta del cacique Paipa, hay recelos y murmullos que anuncian hechos extraordinarios; se llena de rabia el cacique porque los sacerdotes le dicen que su hija ama a Taica, quien ya se prepara para la prueba, que le daría la muerte.

A la vista del adoratorio de Yarfá, está reunida la tropa de Paipa, y a su frente se levanta una pira, alimentada por maderas odoríferas. Sale de su huta el cacique, ocupa el puesto de su dignidad, a distancia lo cuidan sus guardias, y por fin para dar comienzo a lo que podríamos llamar el duelo, sacan en procesión el ídolo Yarfá y detrás de sus andas se acerca Taica, a quien Paipa quiere fulminar con la mirada. El joven enamorado se acerca a la hoguera y toma una flecha para probar su punte-

ría. Levanta su voz y pide a los sacerdotes de Yarfá, que después de la prueba, le hagan justicia.

La procesión seguida por las dignidades indígenas se acerca a las orillas del Lago, donde debe tener lugar el acto. Los mojanos y los sacerdotes no saben qué pensar; la arrogancia de Taica, es casi una blasfemia; Iguaraya presencia el espectáculo temblorosa y su padre va triste y pálido. Todo es silencio, a veces sólo se oye el crujido de las ramas secas que alimentan la pira. Deja oír su cox el cacique y le dice al pretendiente que desista de la prueba que es una locura lo que quiere hacer, que lo espera la muerte, que lo aguarda el fuego inexorable, que renuncie al amor que siente por su hija. No desiste Taica, y le pide a Chaima, el más sabio de los videntes, que le haga justicia, arrojada que sea la flecha. En el ceremonial de estilo, y antes de que tense su arco, tres vírgenes indias le ofrecen médula de coco, chicha fermentada de maíz y el sairí; prueba la primera, bebe la chicha y echa unas bocanadas del tabaco. El viejo adivino le avisa que ha llegado el momento, que debe lanzar su flecha y que Amariba lo ayude; Taica la lanza en dirección al cielo; se sobrecoje la multitud por la vida del enamorado, cuando de pronto el adivino grita que Taica ha ganado, que la flecha está clavada en el firmamento. Se inclinan los mojanos sobre el pesquero, y ven que ella está clavada de punta "en las arenas del fondo donde se retrataba espléndido el cielo de los trópicos". El cacique Palpa lleno de ira, se hunde hasta el pomo en el corazón, el cuchillo que llevaba, huaraya lo cubre con su manta, y luego arrójase a la hoguera; se había vuelto loca. Fue aclamado Taica cacique de los jiraharas, y nunca más se le vió llorar o reír; Iguaraya nunca recobró la luz.

Esta leyenda, así como Anaida — está formada toda por aspectos nocturnos-, nunca hay días plenos, siempre se abren o se cierran los balcones de Oriente. Como una constante, establece Yepes, relaciones entre el amor y el ambiente telúrico, éste como contorno de aquel, y donde están las sombras, la penumbra o la noche, allí está el amor. Los animales y los vegetales como formas de la explicación de los conflictos y cualidades humanos. Hay una simetría descriptiva que responde a formas de presentación de gusto clásico:

"Remolinó entonces la turba de guerreros y se extendió en alas, rodillas en tierra y calado el arco, hasta el remanso de la pesquera ". (p. 82).

Como hemos dicho anteriormente en estas dos obras de Yepes, presente está la noche como constante, o sea ese momento que es noche que ya va a ser día, por eso en Iguaraya , exclama:

"A la solemnidad del crepúsculo sigue siempre un momento, un instante en que se calla de improviso la voz de cuanto existe, como para tomar aliento o cambiar de tono en el diapasón universal ; y mientras se asoma alguna blanca y lejana estrella , la sombra ese polvo elemental de la existencia, se extiende soñolienta y misteriosa, absorbiendo o descolorando la luz del sol; parece entonces que llegan fugitivos y cruzan incomprensibles en el espacio otros ruidos. otros rumores, otros himnos; que no son los del día pero que preludian a su vez el concierto eterno de la naturaleza y la armonía inmortal que reina entre la tierra y el cielo". (p. 76).

Esta esencia romántica de Yepes, este amor por la noche, por lo que tiene de misterio para su alma, es lo que más lo acerca, como antes hemos dicho, a los poetas románticos alemanes, sobre todo a Novalis, y aunque parezca extraño al filósofo Schelling. La noche para Novalis, fue fuente riquísima de imágenes, filón de sentimientos y usos ocultos, la noche era su misma vida, la miró sonriente en abrazo mortal besando la luna en la onda así también para nuestro poeta, preñada de sortilegios; la noche lacustre. Veamos lo que dice Schelling de los momentos nocturnos:

"Si en la noche misma surgiera una luz, si un día nocturno y una noche diurna pudieran abrazarnos a todos, ese sería el fin supremo de nuestros deseos. Será por eso que la noche alumbrada por la luna conmueve tan maravillosamente nuestra alma y despierta en no-

sotros el tembloroso presentimiento de otra vida, muy cercana"*.

Los románticos alemanes no tomaron en cuenta la herencia clásica, en cuanto a la consideración de la naturaleza; el ideal romántico de raíz germánica rompía con el pasado, levantaba otros símbolos y escogía otros métodos para la creación. Ya hemos visto cómo es de fuerte en Yepes toda la tradición clásica griega. en su aspecto alusivo, ya que se aparta de ésta, en cuanto a lo cósmico y telúrico en sus manifestaciones simbólicas. La noche, la luna, las estrellas, las sombras y las umbrías se materializan en Yepes, les habla, siente su contacto y sigue sus pasos en un eterno sueño.

La particularidad romántica de Yepes, no tiene antecedentes nacionales, en cuanto a lo propiamente poético y a la narrativa. No encontramos en él la alusión al llanto como motivo dominante, hay, sí un desborde lírico que es su innegable condición humana, matizado por los signos de la naturaleza. Después de su muerte, en la poesía o en la novelística nacionales, nadie recoge la herencia de esa particularidad, sino que antes por el contrario las expresiones del romanticismo se presentan en sus aspectos negativos: ambiente y postura románticos que por su carácter mimético, resulta caricatura y algunas veces parodia libresca. Precisamente lo que hace romántico a Yepes, y lo aísla en cierta forma de los poetas de su tiempo, es la vinculación que tiene lo telúrico en toda su obra.

† **Beguín**, Albert. *El Alma Romántica y el Sueño*. Fondo de Cultura Económica. Traducción de Mario Monteforte Toledo. México. 1954. P. 120.